

(Exod. 51), que Dios mandó á Moisés para construir el tabernáculo ; pues tenían un talento particular para los edificios, y le sirvieron de mucha utilidad, qual otro Moisés, para levantar casas al Señor. Con su auxilio construyó una panadería y una enfermeria para los Armenios, cuyo número se había aumentado considerablemente ; y como el oratorio que les había dado, ya no los pudiera contener, les edificó una iglesia muy hermosa en honor de la santa Virgen, cuya dedicación hizo el patriarca Elías el día primero de julio y á los sesentitrés años de nuestro santo. Añadió á todos estos monumentos de su celo para el provecho espiritual y temporal de sus religiosos, grandes receptáculos de agua del torrente para su jardin.

Después que hubo dado á los Armenios la nueva iglesia, les permitió continuar como antes en cantar en ella el oficio y otros cánticos en su lengua ; pero ordenó que el *trisagio* sólo se cantase en griego, para que fuese entendido por todos los Helenistas, es decir, por aquellos de sus discípulos que entendían el idioma griego. Le obligó á tomar esta precaución el saber que algunos de estos Armenios querían cantar este himno angelical con la adición de Pedro el Batanero, uno de los principales fautores de la herejía de Eutiques, y que consistía en estas palabras *Que habéis sido crucificado para nosotros*, á fin de atribuir en general la pasión á la santísima Trinidad, lo que renovaba el error de los Sabelianos. Sobre lo cual el monje Cirilo observa con razón que el Santo en esta ocasión obró conforme á las reglas de la justicia y piedad, no permitiendo que innovase por adición alguna temeraria y falsa lo que la Iglesia había ordenado, y cuidando que guardasen inviolable la tradición eclesiástica. También dispuso que el sábado se haría la colecta en la grande iglesia de la laura Teutista, y el domingo en la de la santa Virgen ; y por último quiso que en ambas iglesias se hiciera la vela sa-

grada — todos los domingos, desde el anochecer hasta el día siguiente por la mañana.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE SAN SABAS.

El demonio, quien no podía ver tan hermosas instalaciones y tan santas instituciones como espectador ocioso, despertó en el alma de los descontentos, de quienes hemos hablado más arriba, el resentimiento que antes habían manifestado al patriarca Salustio contra san Sabas, y creció aún por la envidia que les causó la bella disciplina que había establecido en el monasterio del Castillo, y por la inspección que el patriarca le había dado sobre todas las lauras y los anacoretas del territorio de Jerusalén. No se declararon de momento ; sino que procurando inspirar su pasión á los espíritus fáciles de seducir, se hallaron por fin reunidos en número de cuarenta, con el propósito de perderle. Cada día le tendían un nuevo lazo, y por último lo contrariaron tan fuertemente, que el siervo de Dios, temiendo que esto pasara á ser ruidoso y á producir escándalo, juzgó que haría bien en retirarse ; pues había aprendido, dice su historiador, á combatir contra los demonios con la fuerza de la gracia, y á ceder á los hombres en un espíritu de dulzura.

Se fué, pues, por la parte de *Scythopolis*, á una caverna donde un león acostumbra retirarse. Habiendo este feroz animal comparecido hácia la media noche, lo halló dormido, y le cogió dulcemente con los dientes por la estrechidad del vestido para sacarlo fuera. El Santo se despertó, y bien lejos de quedar horrorizado por la vista de este

animal, se puso á rezar el oficio. Durante este tiempo el león se estuvo fuera de la caverna ; pero después, habiéndose dormido otra vez el Santo, volvió á entrar y le tiró del vestido como antes. Entonces san Sabas le dijo : « La caverna puede servir para los dos, ya que tenemos un mismo criador que es Dios ; pero si tu no quieres morar conmigo, cédeme la plaza, pues yo soy hombre y formado á imagen de Dios. » Apenas le hubo hablado así, que el león, más humano que los religiosos que le habían obligado á dejar su mansión, se retiró dejándolo en paz.

Allí no permaneció mucho tiempo solo, pues muchos de Scythopolis y del vecindario fueron á ponerse á sus órdenes ; y, entre los otros, un joven llamado Basilio, pariente de Severo y de Sofronio, ambos los más calificados del país. Como la retirada de Basilio hiciera gran ruido, unos ladrones creyeron que al retirarse con el Santo, le habria llevado alguna suma considerable, y tuvieron la temeridad de ir por la noche á su celda para quitársela ; pero no habiendo encontrado en ella, en lugar de dinero, más que la pobreza evangélica practicada en todo su vigor, se volvieron más edificadas de la virtud del Santo, que ofendidos por no haber hallado con que hacer botín.

Cuando se retiraban vieron venir hácia ellos dos leones de los más grandes de este desierto, y se creyeron perdidos. En el terror que de ellos se apoderó, convinieron en hablar así á estos animales : « Nosotros os mandamos, por las preces del abad Sabas, cuya virtud acabamos de admirar, que os apartéis del camino y nos dejéis pasar. » Cosa maravillosa ! el nombre del Santo fué para estos animales como un golpe de látigo que los puso en fuga. Los ladrones, maravillados por este prodigio, reconocieron aún más el mérito del Santo ; volvieron á él, se postraron á sus piés, le contaron lo que les había sucedido, y le prometieron cambiar enteramente de vida : lo que ejecutaron fielmente,



... durante este tiempo el
... habiénd-
... y le tiró del
... le dijo : « La ca-
... un mismo
... morar conmigo,
... formado á imagen
... así, que el león, más
... le habían obligado á dejar

... tiempo solo, pues muchos de
... á ponerse á sus órde-
... Severo y de Sofronio, ambos los más calificados del
... Como la retirada de Basilio hiciera gran ruido, unos
... creyeron que al retirarse con el Santo, le habian
... alguna suma considerable, y tuvieron la curiosidad
... por la noche á su celda para quitársela : pero no ha-
... encontrado en ella, en lugar de dinero, más que la
... evangélica practicada en todo su vigor, se volvie-
... de la virtud del Santo, que ofendidos
... con que hacer botín.

... se retiraban vieron venir hacia ellos dos leones
... los más grandes de este desierto, y se creyeron perdi-
... En el terror que de ellos se apoderó, convinieron en
... á estos animales : « Nosotros os mandamos, por
... del abad Sabas, cuya virtud acabamos de admi-
... del camino y nos dejéis pasar. » Cosa
... el nombre del Santo fué para estos animales
... los puso en fuga. Los ladro-
... por este prodigio, reconocieron aún más
... Santo : volvieron á él, se postraron á sus piés,
... lo que les había sucedido, y le prometieron
... de vida : lo que ejecutaron fielmente,

Tome III.



Gravé par

Paris chez la Citoyenne

Disciples de Saint Sabas.

Discipulos de San Sabas.

ocupándose después en cultivar sus campos, y viviendo del fruto de sus trabajos, sin pensar en dañar á nadie.

No se descuidaron de divulgar lo que acabamos de decir ; de modo que pasando su relación de boca en boca, el número de aquellos que iban á verle aumentó tan considerablemente, que no quiso permanecer más en este lugar. Así es que, habiendo recomendado al Señor los discípulos que allí tenia, esperando que su gracia los sostendría en los principios de piedad que él les había inspirado, se volvió á la laura que había dejado, creyéndose que, durante su ausencia, aquellos que le eran contrarios se habrian por fin reducido.

Dios oyó sus votos en favor de los discípulos que dejó. Se aprovecharon de los consejos que les había dado, y se sostuvieron en la observancia regular. Después de su muerte, Eumato Isauriano habitó la celda del Santo, construyó allí un monasterio que fué muy considerable, y tuvo por sucesor en su gobierno al abad Taraso, personaje de gran mérito.

San Sabas al dejar unos discípulos tan dóciles, no tuvo el consuelo de encontrar otros semejantes á su regreso á su grande laura. Al contrario, los cuarenta que se habían sublevado contra él ya habían conquistado á otros veinte ; lo que le causó el más vivo dolor, no pudiendo ver su indocilidad sin derramar muchas lágrimas. No se sabía explicar como en tan poco tiempo, en una sociedad de religiosos, á quienes había nutrido con tanto cuidado con el pan de la palabra de Dios, y con las lecciones tan edificantes de la perfección monástica, el relajamiento y la insubordinación habían hecho tantos progresos. Aun quiso probar de ganarlos, oponiendo la caridad á su aversión y la dulzura á sus resentimientos, sazonzando todos sus consejos con estas virtudes tan propias para hacerlos entrar en reflexión, si hubiesen querido atender ; pero su bondad,

confundiéndolos, sólo sirvió para irritarlos más y volverlos más insolentes; de modo que se fué por segunda vez, y se retiró en el territorio de Nicopolis¹, donde al principio no tuvo más que un árbol por albergue y su fruto por alimento. Habiéndolo sabido el dueño del campo, le edificó una celda; y Dios, quien hacía servir á sus designios sus ausencias de la laura para multiplicar sus fundaciones, también en este lugar le envió nuevos discípulos, de manera que su celda en poco tiempo se convirtió en un monasterio. Mientras tanto los descontentos de la laura hicieron correr el rumor de que yendo de un desierto á otro había sido devorado por unas bestias feroces; y después de haber ejercitado con injustos reproches la paciencia de aquellos de sus cohermanos que le estaban sumisos, volvieron á Jérusalén á ver al patriarca Elias, y le rogaron que les diera un superior; porque, decían ellos, habiéndose Sabas retirado en una soledad próxima al mar muerto, allí ha sido presa de los leones.

Elias conocía demasiado la protección de Dios sobre san Sabas y sus malas disposiciones contra él, para que les diera crédito alguno. « Yo no puedo asentir, les respondió, á cuanto me decís, y no sabría creer que Dios, siendo tan bueno, hubiese permitido que las bestias salvajes devorasen á su siervo. Id, pues, vosotros mismos á buscarlo, ó bien aguardaos tranquilos en Jérusalén hasta que el Señor lo conduzca aquí. » En efecto, era costumbre que los superiores de los monasterios fueran á Jérusalén para celebrar la fiesta de la dedicación de la Iglesia, á la cual san Sabas no se descuidó de asistir. Asistió, pues, con muchos de sus discípulos del monasterio de Nicópolis, y se juntó con los otros superiores de los monasterios del territorio para saludar al patriarca.

¹ Esta villa, construida por Vespasiano sobre el emplazamiento de Emaüs, estaba á once kilómetros de Jérusalén.

Este obispo le recibió con grandes demostraciones de alegría; lo llamó aparte, y le exhortó á que no abandonara su laura. El santo trató de escusarse con mucha humildad, haciéndole presente la indocilidad de algunos de los religiosos; pero el patriarca le manifestó la pena que le causaba su rehusamiento, y añadió que jamás permitiría que otros cultivasen aquello que á él tanto trabajo le había costado. San Sabas se sometió, y el patriarca escribió en estos términos á los religiosos de su laura: « Yo os hago saber, mis amados hermanos, que vuestro Padre no ha sido devorado por los leones y que está vivo; pues ha venido aquí para la solemnidad, y yo lo he exhortado á que vuelva á encargarse de la dirección de la laura, que, después de Dios, es obra suya. Recíbidle, pues, con el respeto debido, y obedecedle en todo como á vuestro superior; pues no sois vosotros quienes lo habéis elegido, es más bien él quien os recibió á vosotros. Y si alguno hay entre vosotros que no se le quiera someter, que se retire de la laura; pues no justo que él mismo le ceda una morada que es obra suya. »

San Sabas dejó por superior en su monasterio de Nicópolis á un religioso llamada Severio, y volvió á la laura provisto con esta carta del patriarca, que hizo leer en la iglesia en la asamblea de los hermanos. Entonces los descontentos, más discolos que nunca y cegados por su propia maldad, se apoderaron de todos los muebles que pudieron, arruinaron la torre, cuyas piedras echaron al torrente, y se retiraron dejando estos escandalosos vestigios de su insubordinación contra su legítimo superior. Tan verdadero es que cuando un religioso desgraciadamente sacude el yugo de la obediencia, jamás comete un crimen solo.

Estos revoltosos, al retirarse, creyeron encontrar un retiro en el monasterio de Suca; pero el B. Aquilino, entonces superior, instruido ya de su mala conducta, no los

quiso recibir; de suerte que se fueron al desierto de Técue, y se albergaron como pudieron cerca del torrente en las ruinas del monasterio de Romano el Eutiquiano, quien había sido expulsado de este lugar por su impiedad.

El haberse éstos retirado hizo que se restableciera la paz y la disciplina en la laura de san Sabas. Los verdaderos hijos de obediencia separados de estos hijos de perdición, empezaron á respirar bajo la dirección de su santo Padre, y por felicidad hicieron reflorar la observancia regular.

Por más que su conducta ejemplar pudiese consolar mucho al Santo, su celo no dejaba de sentir la pérdida de los otros. Su indocilidad le movía á compasión, pues era la ruina de su alma; él no dejaba de amarlos siempre, por más que ellos tuviesen el corazón lleno de hiel y amargura contra él.

En su nuevo retiro se hallaron muy pronto reducidos á la miseria, no siendo asistidos por nadie, porque su rebelión los hacía indignos de ello. También los dividió la confusión y la discordia, no teniendo superior y queriéndose cada uno dirigir por propio capricho. No eran religiosos, sino una asamblea de gentes sin regla, entregados á sus pasiones y devorados por la miseria.

San Sabas, á quien su perdición tenía siempre inquieto, así que supo donde se habían retirado, quiso aún probar de conducirlos á Dios, y al efecto se fué á encontrarlos. Algunos al verle venir, dijeron entre sí por despecho: Mirad á ese bizco que aun viene á buscarnos. Esto no obstante no le ofendió, pues la caridad de Jesucristo lo sufre todo. Por sí mismo vió la necesidad en que se hallaban, y les llevó de su laura y del monasterio del Castillo todas las provisiones que necesitaban. Habiendo también sabido que estaban obligados á ir todos los domingos á la iglesia de Tecué para asistir á los santos Misterios, les construyó una

muy hermosa. Además, les obtuvo del patriarca de Jerusalén la propiedad de las celdas que ocupaban, y una suma de dinero para edificar otras nuevas y para las otras necesidades. En fin, les hizo tanto bien, que sepultó, por decirlo así, su odio debajo la multitud de sus beneficios.

Después de estos heroicos actos de caridad, que por fin le hicieron triunfar de su corazón, les dió para ponerlos en regla un excelente religioso por superior que sacó de su laura. Este fué el bienaventurado Juan, griego de nacimiento, personaje de muchísimo mérito, á quien Dios había favorecido con el don de profecía. Este establecimiento fué después llamado la nueva laura. En su lugar veremos lo que sucedió con el tiempo.

El Santo no limitó aquí sus empresas para la gloria de Dios; sino que en el mismo año, que era el sesentinueve de su edad, habiendo ido á pasar la cuaresma en el desierto, descubrió otra caverna en el vecindario del Castillo, que encontró muy propia para sus piadosos designios, y después de haberse estado en el retiro hasta el domingo de Ramos con un religioso llamado Pablo, á quien había tomado por compañero, volvió allí pasadas las fiestas de Pascua para hacer en dicho lugar una iglesia, á donde condujo con esta intención al mismo Pablo con Teodulo y Gelasio. No solo convirtió esta caverna en iglesia, sino que también edificó aquí un monasterio, que fué muy celebrado por los egregios religiosos que lo habitaron, y llevó el nombre de monasterio de la gruta. De momento confió su gobierno á Pablo, y metió en él tres hermanos de su laura, que fueron Jorge, Quirico y Eustatio. Estos dos últimos gobernaron sucesivamente este monasterio después de la muerte de Pablo, y un religioso llamado Sergio les sucedió. En cuanto á Jorge, habiendo sido enviado á Alejandría, el patriarca le hizo obispo de Pelusia. El Santo fué ayudado en este nuevo establecimiento por un sacerdote de la iglesia de la Resur-